

»á sus navios en la roja sangre
»teñidas, ó si queda por tu lanza
»atravesado y muerto.» Así decia,
y el engaño siguiendo, presurosa
comenzó á caminar. Cuando ya estaban
cerca los dos rivales, el primero
habló el Troyano y arrogante dijo:

«¡No más huiré de ti como hasta ahora,
»¡oh valeroso Aquiles! Por tres veces
»á la vasta ciudad he dado vuelta
»huyendo presuroso, y nunca tuve
»valor para esperarte. Ya me paro;
»y mi valiente corazon me anima
»á combatir contigo, ya te mate
»ó ya me mates tú. Pero pongamos
»á los eternos Dioses por testigos;
»que ninguno mejor de que se guarden
»cuidará nuestros pactos. Si este día
»Júpiter la victoria me concede
»y la vida te quito, á tu cadáver
»no insultaré con bárbara fiereza,
»ni le mutilaré. Cuando te hubiere
»de tus brillantes armas despojado,
»á las escuadras griegas el cadáver
»entregaré. Si vencedor tú fueres,
»envía el mio á los troyanos muros.»

Con torva faz habiéndole mirado,
Aquiles respondió: «No de convenios
»hables, Héctor, conmigo; pues ofensa
»me hiciste que jamás el alma mia
»olvidará. Si entre hombre y leones
»no puede haber contratos, ni concordia
»entre lobo y cordero, y enemigos
»eternos son los unos de los otros;
»es imposible ya que amigo tuyo
»pueda yo ser, ni que tratados fieles
»los dos hagamos nunca hasta que muerto
»uno de los dos caiga y con su sangre
»la sed haya apagado de Mavorte.
»Todo el valor que puedas en el pecho
»recoge: la ocasion es ya llegada
»de que te muestres adalid valiente,
»y esforzado guerrero. No te queda
»camino para huir; y Pronto Pálas,
»empuñando mi lanza, de la vida
»te privará; y ahora cuantos males
»hiciste á los Aquivos, cuando ciego
»de furor los seguías con tu lanza,
»me pagarás.» Aquiles así dijo;
y revolviendo la terrible pica,

contra Héctor la arrojó; pero en el aire
este la vió venir, y evitó el golpe
inclinándose al suelo; y por encima
pasó de su cabeza, y en el césped
quedó clavada. En presurosos pasos
allí acudió la Diosa, y sin esfuerzo
la arrancó de la tierra, y al Aquivo
otra vez se la dió sin que lo viese
Héctor: y este, al Aquivo desarmado
de su lanza creyendo, le decia:

«¡Erraste el golpe, Aquiles! y aunque seas
»de los Dioses amado, nada Jove
»te reveló de mi fatal destino,
»como osaste afirmar. Articioso
»fuiste y engañador en tus palabras,
»para que acobardado me olvidase
»del antiguo valor y fortaleza.
»Pues no, cobarde huyendo, en las espaldas
»me clavarás la pica: por el medio
»pásame el corazon cuando animoso
»frente á frente acometa, si es que Jove
»esta gloria te diere. Mas ahora
»el golpe evita de mi lanza. Al cielo
»plugiese que luenga y ancha punta
»toda entrase en tu cuerpo. Más liviana
»esta guerra se haría á los Troyanos,
»si tú murieses, que su azote has sido.»

Dijo: y la diestra rodeando siempre
tiró su enorme lanza, que al escudo
fué derecha del hijo de Peleo
y en el centro le hirió, ni errado el tiro
fué de Troyano; mas el duro cobre
léjos la rechazó. Bramó de enojo
Héctor, al ver que la acerada pica
en vano fuera por su fuerte brazo
arrojada esta vez. Paróse triste
bajos los ojos porque no podia
otra lanza tomar, y á Deífobo
en alta voz llamando le rogaba
que una robusta pica le alcanzase;
pero ya no le vió. Conoció entonces
de Minerva el engaño, y así dijo:

«¡Ay de mí! ya los Dioses á la muerte
»me llaman. Yo creia que Deífobo
»á mi lado asistia; pero dentro
»aquél está del muro, y fué Minerva
»la que así me engañó. Cerca la triste
»muerte ya tengo; ni evitarla es fácil,
»ni tardará en venir. Hace ya tiempo
»que así lo decretaron el potente

»Jove y Apolo, que benignos ántes
»me defendian. Mi fatal destino
»ya se cumplió, pero morir conviene
»con gloria y con valor, ántes haciendo
»heróica hazaña que por siempre dure
»en la memoria de los hombres todos.»

Dijo: y la aguda espada desnudando
que pendiente llevaba, hácia el Aquivo
se encaminó derecho. Como suele
el águila que vuela en las alturas,
atravesando arrebolada nube
para coger la tierna corderilla
ó la tímida liebre, á la llanura
rápida descender; así, empuñada
la espada cortadora, contra Aquiles
Héctor marchaba. Adelantóse el Griego;
y de terrible cólera llenando
su corazón, con el brillante escudo
cubrió su pecho todo; y ondeaba
en la cimera del luciente yelmo
el penacho, agitadas blandamente
las crines de oro que flexibles hizo
el Dios Vulcano. Cual brillante marcha
en noche oscura entre los otros astros.
la estrella matutina, que de todas
cuantas ostenta el azulado cielo
es la más refulgente y más hermosa;
así lucía la brillante punta
de la terrible lanza que en su diestra
para mal del Troyano ya blandia
Aquiles, observando cuidadoso
por qué parte del cuerpo fácilmente
podia herirle. De las ricas armas
todo estaba cubierto que á Patroclo
ya cadáver quitara; y solamente
un poco descubierta se veia,
en el paraje que del hombro el cuello
divide, la garganta; y es el sitio
por do la vida de los hombres pronto
sale del cuerpo. Con su fuerza toda
allí, pues, le clavó la aguda pica
sonriéndose Aquiles, y la punta,
atravesando el vigoroso cuello,
por la nuca salió; mas la garganta
no le quiso cortar, para que hablase
unas breves palabras todavía.

Cayó Héctor en la arena, y ufanado
así le dijo el vencedor Aquiles:

«¡Héctor! cuando al cadáver de Patroclo
»de mi rica armadura despojabas,

»seguro ya sin duda te creiste,
»y porque estaba ausente, imaginaste
»que nunca yo su muerte vengaria.
»¡Necio! en las griegas naves á Patroclo
»un vengador quedaba, muy más fuerte
»y valeroso que él, aunque estuviera
»léjos entónces; yo, que moribundo
»ya te miro á mis piés. Tú de los perros
»y carnívoras aves el ludibrio
»serás; pero los Griegos á Patroclo
»honrarán con magníficas exequias.»

Y con lánguida voz Héctor le dijo:
«Por tu vida te ruego, y por tus padres,
»que en las naves aqueas no permitas
»que mi triste cadáver de los perros
»hórrido pasto sea. Cuanto pidas
»de bronce y oro te darán mi padre
»y mi madre infeliz, si les entregas,
»para que los Troyanos y Troyanas
»le quemem en la pira, mi cadáver.»

Con torva faz habiéndole mirado,
Aquiles respondió: «¡No me supliques,
»perro, ni por mi vida, ni mis padres!
»Ojalá, de furor arrebatado,
»á cortar en pedazos me atreviera
»por mi mano tu carne, y á comerla
»cruda: tales agravios recibidos
»tengo de tí. No esperes que tu cuerpo
»nadie en el mundo defender ya pueda
»de los voraces perros. Si diez veces,
»veinte veces, mayor de lo que es justo
»un rescate me dieran aquí mismo
»trayendo las riquezas, y otras muchas
»me prometiesen; si tu anciano padre
»á peso de oro redimir quisiera
»tu cuerpo, ni el consuelo así tendria
»tu infeliz madre de llorar al hijo
»de sus entrañas, en dorado lecho
»poniendo su cadáver; que pedazos
»ántes le harán los perros y los buitres.»

Exhalando los últimos alientos,
Héctor le respondió: «Bien conocido
»me eras ya, cuando ahora á suplicarte
»me resolví. No me engañé; sabia
»que era inútil hablarte, y que es de hierro
»tu corazon. Y entiende que los Dioses
»mi muerte vengarán, cuando de París
»las flechas por Apolo dirigidas,
»por más que tan valiente hayas nacido,
»te matarán ante la puerta Escea.»

Al decir estas últimas palabras, oscura sombra le cubrió de muerte, y el cuerpo abandonando, en raudo vuelo descendió el alma á la region sombría, su fatal suerte lamentando triste, porque muriera en juveniles años y un cuerpo vigoroso abandonaba. Y Aquiles, aunque muerto le veía, así le dijo en arrogantes voces:

«Muere tú ahora; y cuando Jove quiera, »y las otras Deidades, que se cumplan »los decretos del Hado, yo la muerte »recibiré también.» Así decía: y sacando su lanza del cadáver y poniéndola al lado, de los hombros tintas en sangre le quitó las armas. Y los otros Aquivos acudieron, y en torno del cadáver admirados sus miembros tan fornidos contemplaban y la belleza del gracioso rostro; y entre tantos millares de guerreros no hubo quien no le diese su lanzada, y alguno así decía al más cercano:

«Héctor ahora que le palpen deja, »y se muestra más blando que aquel día »en que nuestros bajeles incendiaba.» Así algunos dijeron, y de paso con su lanza le herían. Mas Aquiles, cuando ya le quitara la armadura, á todos los Aqueos reunidos así dijo en palabras voladoras:

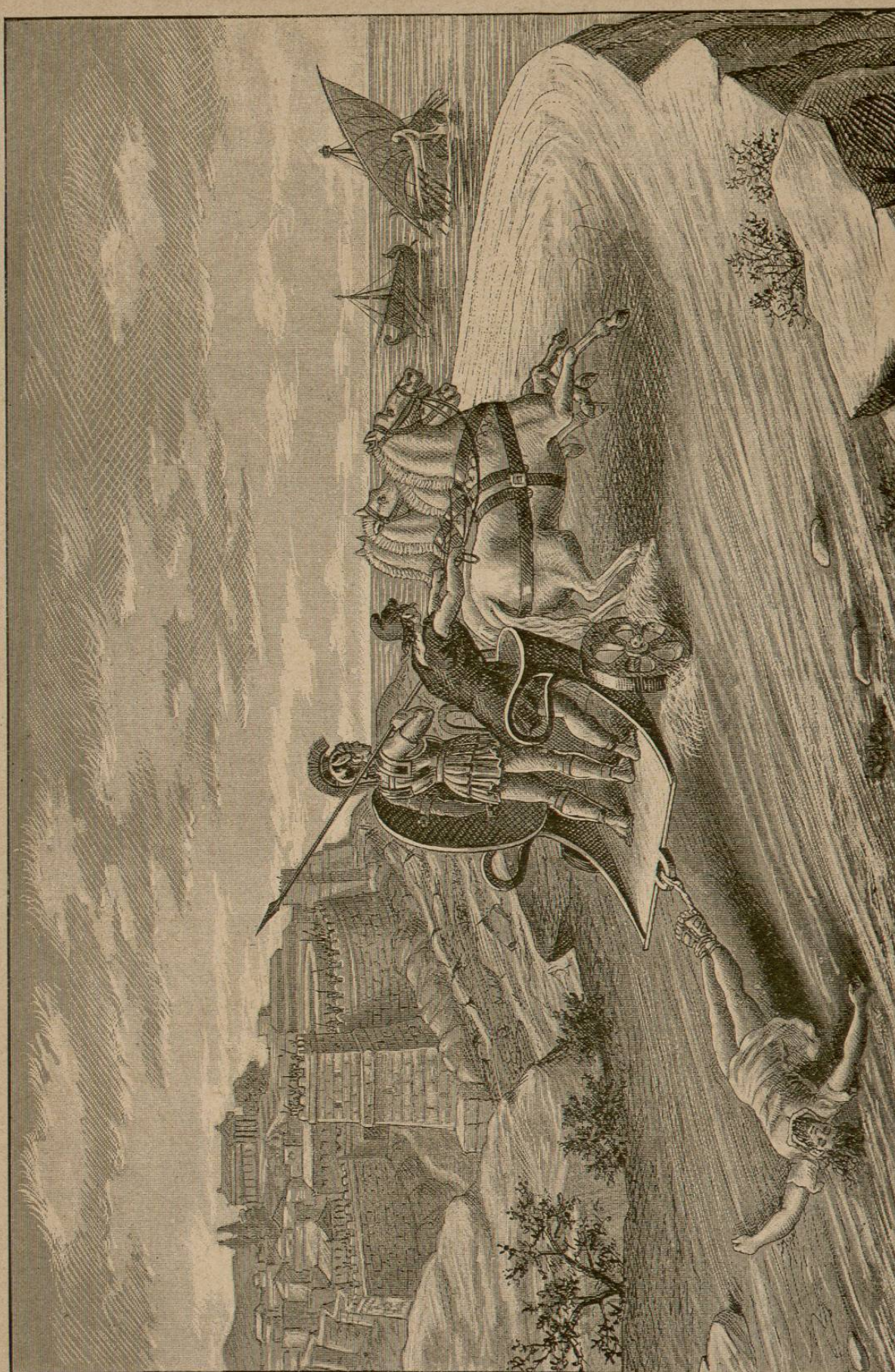
«¡Príncipes y adalides de la Grecia, »dulces amigos! pues los altos Dioses »nos han dado vencer á este guerrero, »el cual solo más daño nos hacía »que todos los demas, en numerosa »hueste y con armas la ciudad cerquemos, »para ver lo que piensan los Troyanos: »si ya su capital y fortaleza »quieren abandonar, viendo caído »en tierra á su adalid, ó si se atreven »á esperar todavía, aunque no vive »Héctor ya... Mas ¿qué digo? En nuestras naves »yace muerto, insepulto y no llorado »Patroclo, y olvidarle yo no puedo, »mientras en la region de los vivientes »habe. Y aunque dicen que en el orco »toda memoria pierden los finados, »aun allí yo del infeliz amigo »me acordaré. Y así, Griegos valientes,

»el alegre Pean cantando todos, »volvamos á las naves, y llevemos »este frio cadáver. Alcanzado »hemos glorioso triunfo al aguerrido »Héctor matando, al cual, como si fuese »una Deidad, los Teucros dirigian »dentro de Troya sus humildes votos.»

Así Aquiles decía, y despiadado se proponía al infeliz cadáver tratar indignamente. Los tendones de ambos piés le horadó junto al tobillo detras hácia el talon, y atravesadas por la abertura sólidas correas hechas con piel de buey, detras del carro le ató de modo que arrastrando fuese la cabeza. Y subiendo en la carroza, y colocando en ella la armadura, aguijó los caballos, que gozosos volaban á las naves. Arrastrado así el cadáver, que de polvo alzaba al aire espesa nube, y esparcida la negra cabellera por el suelo, el camino barria, y la cabeza, tan gallarda otro tiempo, en hondo surco iba abriendo la arena; porque Jove á fieros enemigos le entregara para que así afearan su hermosura, allí, en su misma patria. De este modo era de Héctor manchada la cabeza.

Cuando la infeliz madre desde el muro al hijo vió arrastrar, con ambas manos ella misma las canas se arrancaba; y la augusta diadema de la frente léjos de sí arrojando, en alaridos espantosos rompió. También el padre lastimeros suspiros exhalaba, y en derredor y en la ciudad entera el pueblo todo á doloroso llanto se abandonó y gemido, y parecía que en fuego abrasador los altos techos todos ardian, desde el régio alcázar hasta la humilde choza. Los caudillos de las tropas apenas al anciano podían contener; que de los muros salir queria, é impaciente á todos, por el lodo arrastrándose, rogaba á cada cual llamando por su nombre, y en dolorido acento les decía:

«¡No ya me detengais, caros amigos! »y aunque por mí temais, dejad que solo



LA ILÍADA

»salga de la ciudad y á los bajeles
 »vaya de los Aquivos, y que humilde
 »á ese feroz indómito guerrero
 »allí suplique, para ver si acaso
 »él mis canas respeta, y compadece
 »mi ancianidad. En suerte le ha cabido
 »un padre anciano como yo, Peleo,
 »que le engendró y crió para que fuese
 »el exterminador de los Troyanos;
 »pero de todos ellos á ninguno
 »con tan amargas numerosas cuitas
 »el alma entristeció como á mí solo.
 »Él ha matado á muchos de mis hijos
 »en la flor de su edad; pero la muerte
 »de todos, aunque muchos dolorosa
 »ha sido y es al paternal cariño,
 »como la de un solo, y el agudo
 »pesar que ella me causa en amargura
 »me hará bajar á la region del orco,
 »de Héctor. Si á lo ménos en mis brazos
 »hubiese fallecido, yo y su madre,
 »¡madre infeliz! sobre el cadáver frio
 »tristes llorando su temprana muerte,
 »y exhalando gemidos numerosos,
 »nuestro dolor hubiéramos templado.»

Así decia en lágrimas deshecho,
 y en el llanto y dolor le acompañaban
 los Teucros; y cercada de matronas,
 así Hécuba tambien, llorando triste,
 daba principio al funeral lamento:

«¿Para qué yo infeliz, hijo adorado,
 »despues que tantas penas he sufrido,
 »tú muerto, he de vivir? Tú, que de dia
 »y de noche mi gloria y mi consuelo
 »eras en la ciudad, y el baluarte
 »de todos los Troyanos y Troyanas,
 »y ellos como á Deidad con sus ofrendas
 »en público te honraban porque vivo
 »eras honra de todos. Ya la Muerte
 »y la Parca de tí se apoderaron.»

Así decia, lágrimas vertiendo,
 Hécuba desdichada; mas la esposa
 de Héctor nada sabía de su muerte;
 porque ningun aviso verdadero
 habia recibido de que fuera
 de los muros su esposo se quedara.
 Y en lo más inferior de su palacio
 se ocupaba en tejer cándida tela
 fina y doble, y en ella entretejía

de variado color muchas labores.
 Y á sus bellas esclavas cuidadosa
 mandado habia que al hogar pusiesen
 un anchuroso trípode con agua,
 para que en ella tibia se bañase
 Héctor, cuando á su casa fatigado
 del combate viniera. La infelice
 no sabía que léjos de su baño,
 por la mano de Aquiles, ya Minerva
 muerto le habia. Mas oyó el gemido
 y el lamento que triste resonaba
 hácia la torre de Ilion, y todo
 se estremeció su cuerpo. De la mano
 se la cayó en el suelo la naveta,
 y así dijo afligida á sus esclavas:

«Venid, seguidme dos; vean mis ojos
 »qué ha sucedido. De mi suegra escucho
 »la dolorida voz, y á mí en el pecho
 »el corazon me late y por la boca
 »salir anhela; ni llevarme pueden
 »las piernas ya, calamidad terrible
 »á los hijos de Príamo amenaza.
 »¡Ojalá que me engañé! pero mucho
 »el alma teme que el ligero Aquiles,
 »de la ciudad habiéndole cortado
 »y dejándole solo, persiguiendo
 »va por el llano en rápida carrera
 »á mi Héctor, atrevido en demasía;
 »y temo que si llegan á encontrarse,
 »al funesto valor que siempre tuvo
 »hoy ponga fin. Jamás en las batallas
 »Héctor entre la turba confundido
 »quiso permanecer de los guerreros;
 »que mucho de su hueste adelantado
 »solía pelear y en valentía
 »ninguno de los Teucros le igualaba.»

Así las dijo; y del alcázar régio
 desalada saliendo como loca
 dentro su pecho el corazon latia,
 y la siguieron dos de sus esclavas.
 Mas luégo que á la torre y á la turba
 de la gente llegó, detuvo el paso,
 y desde el muro la llanura toda
 cuidadosa registrando, vió á lo léjos
 que de Héctor el cadáver arrastraban
 de Aquiles los caballos corredores
 hácia las naves, y en veloz carrera
 le iban despedazando crúelmente.
 Oscura noche de dolor los ojos
 cubrió de la infeliz, y sin sentido

cayó en tierra de espaldas, y á lo lejos de la hermosa cabeza los adornos magníficos volaron; la diadema, los lazos del prendido, y hasta el velo con que la hermosa Vénus la adornara, aquel día feliz en que con ella Héctor se desposó dentro el palacio de Etion, y las dáticas nupciales la dió tambien de inestimable precio. Y de Héctor las hermanas y cuñadas, alzándola del suelo, entre sus brazos la sostenian aturrida y casi moribunda. Por fin en su sentido lentamente volvió; y dentro del pecho ya recogida el alma y exhalando muchos y hondos suspiros dolorosos, así decia en lágrimas deshecha de todas las matronas rodeada:

«¡Héctor! ¡Triste de mí! Los dos nacimos »con igual desventura; tú aquí en Troya »y el alcázar de Príamo, yo en Teba »en el palacio de Etion mi padre, »que la vida me dió para que fuese »como él desventurada. ¡Hiciera el cielo »que nunca él me engendrarse! A las oscuras »regiones de Pluton, bajo de tierra, »ya descende tu espíritu afligido; »y en triste llanto y en dolor sumida »me dejas y en viudez dentro tu alcázar, »y en orfandad al hijo que nosotros »¡desgraciados los dos! tuvimos. ¡Héctor! »¡ay! ya ni tú, pues falleciste, puedes »á él amparar; ni en tu vejez un día »él tu báculo ser. Y aún cuando vivo »se salve de la guerra asoladora »de los Aquivos, dolorosas cuitas »y trabajos le esperan numerosos »toda su vida, siempre; y los ajenos »dueños se harán de su heredad, mudando »las lindes á las tierras. Aquel día »que un niño queda huérfano, de todos »los de su edad la proteccion acaba; »y él, cabizbajo y abatido siempre, »y en lágrimas bañadas las mejillas, »y pobre, y sin poder, á los amigos »de su padre importuna; y vergonzoso,

»por la túnica al uno y por el manto »tirando al otro, su favor implora. »Y si alguno tal vez se compadece »de su orfandad, y copa reducida »le alarga desdeñoso, sólo el labio »riega el agua sediento, y la garganta »á humedecer no llega. Y del convite »otro, á quien vive el padre, con desprecio »le despide poniéndole los manos, »y diciéndole en voces injuriosas: »*sal de aquí, miserable; pues no tienes »padre que con nosotros al convite »pueda asistir á escote;* y el muchacho »torna lloroso de su madre viuda »á la humilde morada. Así algun día »volverá mi Astianacte, que hasta ahora, »sentado en las rodillas de su padre, »de la médula blanda de los huesos »y la carne más tierna y delicada »de la oveja comia. Y si rendido »le habia el dulce sueño y fatigado »estaba de sus juegos inocentes, »en mullidos cojines descansaba »y suntuoso lecho entre los brazos »de su nodriza, el corazón alegre. »Pero desde este día, ¡cuántas penas, »de su padre faltándole el amparo, »padecerá Astianacte, á quien llamaban »los Troyanos así porque tú sólo »sus puertas y sus muros defendias! »Y ahora á tí en las naves de la Grecia, »lejos de tu familia, roedores »gusanos comerán cuando los perros »hayan despedazado tu cadáver »desnudo, aunque tan ricas vestiduras »que tus fieles esclavos han tejido »quedan en tu palacio. Al fuego todas »yo las arrojaré, pues ya de nada »pueden aprovecharte y sepultado »con ellas no has de ser; pero á lo menos, »á vista de Troyanos y Troyanas, »honrarán tu memoria cuando ardieren.»

Así vertiendo lágrimas decia Andrómaca infeliz, y las matronas en el llanto y dolor la acompañaban.

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO



Héctor así, afligidos, los Troyanos en la ciudad lloraban; los Aqueos, á la orilla del mar y á los bajeles llegados, por las tiendas y las naves se dispersaron todos. Solo Aquiles no dejó á los Mirmidones que entraran cada cual en su tienda; y rodeado de su espesa falange, les decia: «¡Mirmidones valiente! ¡compañeros! »¡amigos! no tan pronto los bridones »desatemos del yugo; con los carros »cercando y los trotones el cadáver »del infeliz Patroclo, le lloremos; »último honor al que murió debido. »Y cuando estemos de llorar saciados, »y hayamos desuncido los bridones, »aquí la cena tomaremos todos.»

Así el héroe decia, y el primero el lamento empezó, y la numerosa hueste de los Mirmidones lloraba de Aquiles al amigo. Hasta tres veces, lágrimas todos derramando tristes, en derredor del féretro llevaron los fogosos bridones; y con ellos unida Tétis, excitaba en todos

dulce deseo de llorar. Regada la arena fué, y de todos los guerreros los arneses regados, por las muchas lágrimas que vertian: tan amable y bueno fuera el capitán valiente cuya funesta pérdida lloraban. Y poniendo las manos homicidas Aquiles sobre el pecho del amigo, así el primero habló con su cadáver: «Alégrate, Patroclo, aunque ya habites »en la oscura region. Ya te he cumplido »lo que te prometí; ya aquí arrastrando »de Héctor truje el cadáver, y á los perros »le entregué despues para que en trozos »menudos le dividan, y delante »de tu fúnebre hoguera por mi mano »doce jóvenes Teucros, todos hijos »de familias en Troya esclarecidas, »degollaré para vengar tu muerte.»

Así decia, y de Héctor al cadáver para más insultar, cerca del lecho le extendió de Patroclo boca abajo, sobre la dura tierra. La armadura de fino bronce se quitaron luego los Mirmidones todos, y del yugo